

LA FILOSOFÍA PERENNE

ALDOUS HUXLEY

LA FILOSOFÍA PERENNE

Traducción de C. A. Jordana



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Perennial Philosophy*

Traducción de C. A. Jordana

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición: septiembre de 2010

Cuarta reimpresión: junio de 2019

© 1944, 1945 by Aldous Huxley

© de la presente edición: Edhasa, 1977, 1997, 2010

Diputación, 262, 2^ª1^ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1865-4

Impreso en Black Print C.P.I.

Depósito legal: M. 31816-2010

Impreso en España

ÍNDICE

Introducción, 9

1. Eso eres tú, 15
2. La naturaleza de la Base, 38
3. Personalidad, santidad, encarnación divina, 55
4. Dios en el mundo, 80
5. La caridad, 107
6. Mortificación, desprendimiento, vida recta, 125
7. La verdad, 158
8. La religión y el temperamento, 183
9. El conocimiento de sí mismo, 201
10. La gracia y el libre albedrío, 206
11. El bien y el mal, 219
12. El tiempo y la eternidad, 229
13. Salvación, liberación, esclarecimiento, 248
14. Inmortalidad y supervivencia, 261
15. El silencio, 267
16. La oración, 271
17. El sufrimiento, 280
18. La fe, 289
19. Dios no es burlado, 294

20. *Tantum religio potuit suadere malorum*, 300
 21. La idolatría, 308
 22. El emotivismo, 313
 23. Lo milagroso, 320
24. Rito, símbolo, sacramento, 324
 25. Ejercicios espirituales, 338
26. Perseverancia y regularidad, 359
27. Contemplación, acción y utilidad social, 362

INTRODUCCIÓN

Philosophia Perennis: la frase fue acuñada por Leibniz; pero la cosa –la metafísica que reconoce una divina Realidad en el mundo de las cosas, vidas y mentes; la psicología que encuentra en el alma algo similar a la divina Realidad, o aun idéntico con ella; la ética que pone la última finalidad del hombre en el conocimiento de la Base inmanente y trascendente de todo el ser–, la cosa es inmemorial y universal. Pueden hallarse rudimentos de la Filosofía Perenne en las tradiciones de los pueblos primitivos en todas las regiones del mundo, y en sus formas plenamente desarrolladas tiene su lugar en cada una de las religiones superiores. Una versión de este Máximo Factor Común en todas las precedentes y subsiguientes teologías fue por primera vez escrita hace más de veinticinco siglos, y desde entonces el inagotable tema ha sido tratado una y otra vez desde el punto de vista de cada una de las tradiciones religiosas y en todos los principales idiomas de Asia y Europa. En las páginas que siguen he reunido cierto número de estos escritos, escogidos principalmente por su importancia –porque ilustraban eficazmente algún punto determinado en el sistema general de la Filosofía Perenne–, pero también por su intrínseca belleza y memorabilidad. Estas selecciones están dispuestas bajo diversos títulos e incrustadas, por decirlo así, en un comentario mío destinado a ilustrar y relacionar, a desarrollar y elucidar.

El conocimiento es una función del ser. Cuando hay un cambio en el ser del conociente, hay un cambio correspondiente en la naturaleza y la cuantía del conocimiento. Por ejemplo, el ser de un niño se transforma por el desarrollo y la educación en el de un hombre; entre los resultados de esta transformación está un cambio revolucionario en el modo de conocer y la cuantía y carácter de las

cosas conocidas. A medida que el individuo crece, su conocimiento toma una forma más conceptual y sistemática, y su contenido factual, utilitario es enormemente aumentado. Pero estas ganancias se hallan contrapesadas por cierto deterioro en la calidad de la aprehensión inmediata, por un embotamiento y pérdida de poder intuitivo. O consideremos el cambio en su ser que el científico puede inducir mecánicamente por medio de sus instrumentos. Equipado con un espectroscopio y un reflector de sesenta pulgadas, un astrónomo llega a ser, en lo que concierne a su vista, una criatura sobrehumana; y, como naturalmente hay que suponer, el conocimiento que posee esta sobrehumana criatura es muy diferente, así en cantidad como en calidad, del que pueda adquirir un simple contemplador de estrellas con sus ojos meramente humanos.

Y no son los cambios fisiológicos o intelectuales del ser del conociente los únicos que afectan su conocimiento. Lo que sabemos depende también de lo que, como seres morales, decidimos hacer de nosotros mismos. «La práctica—según las palabras de William James— puede cambiar nuestro horizonte teórico, y puede hacerlo de doble modo: puede conducir a nuevos mundos y suscitar nuevos poderes. El conocimiento que nunca lograríamos permaneciendo lo que somos, acaso sea alcanzable en consecuencias de poderes más altos y una vida superior, que podamos lograr moralmente.» Diciéndolo más sucintamente: «Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios». Y la misma idea expresó el poeta sufí Jalaluddin Rumi, en términos de metáfora científica: «El astrolabio de los misterios de Dios es el amor».

Este libro, lo repito, es una antología de la Filosofía Perenne; pero, con ser una antología, contiene pocas citas de escritos de literatos profesionales y, con ilustrar una filosofía, apenas nada de los filósofos de profesión. Ello obedece a una razón muy simple. La Filosofía Perenne se ocupa principalmente de la Realidad una, divina, inherente al múltiple mundo de las cosas, vidas y mentes. Pero la naturaleza de esta Realidad es tal que no puede ser directa e inmediatamente aprehendida sino por aquellos que han

decidido cumplir ciertas condiciones haciéndose amantes, puros de corazón y pobres de espíritu. ¿Por qué ha de ser así? No lo sabemos. Es uno de esos hechos que hay que aceptar, gústenos o no, y por implausibles e improbables que parezcan. Nada, en nuestra experiencia diaria, nos da razón alguna para suponer que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno; sin embargo, cuando sometemos el agua a cierto tratamiento hartamente duro, se pone de manifiesto el carácter de sus elementos constitutivos. Análogamente, nada, en nuestra experiencia diaria, nos da mucha razón de suponer que la mente del hombre sensual medio posea, como uno de sus ingredientes, algo que se parezca a la Realidad inherente al múltiple mundo o que sea idéntico con ella; sin embargo, cuando esa mente es sometida a cierto tratamiento hartamente duro, el divino elemento, de que, por lo menos en parte, está compuesta, se pone de manifiesto, no sólo para la mente misma, sino también, por su reflejo en la conducta externa, para otras mentes. Sólo haciendo experimentos físicos podemos descubrir la naturaleza íntima de la materia y su poder latente. Y sólo haciendo experimentos psicológicos y morales podemos descubrir la naturaleza íntima del espíritu y su poder latente. En las circunstancias ordinarias de la vida sensual media, este poder continúa latente, no manifestado. Si queremos despertarlo, debemos cumplir ciertas condiciones y obedecer a ciertas reglas, cuya validez ha demostrado empíricamente la experiencia.

Respecto a pocos filósofos y literatos profesionales existen pruebas de que hicieron mucho por cumplir las condiciones necesarias para el conocimiento espiritual directo. Cuando poetas o metafísicos hablan del tema de la Filosofía Perenne, lo hacen generalmente de segunda mano. Pero en cada época ha habido algunos hombres y mujeres que han querido cumplir las únicas condiciones bajo las cuales, según lo demuestra la cruda experiencia, puede lograrse tal conocimiento inmediato, y algunos de ellos han dejado noticia de la Realidad que así pudieron aprehender, y han intentado relacionar en un amplio sistema de pensamiento los datos de esta experiencia con los datos de sus

demás experiencias. A tales expositores, de primera mano, de la Filosofía Perenne, los que los conocieron les daban generalmente el nombre de «santo» o «profeta», «sabio» o «iluminado». Y principalmente a éstos, porque hay buena razón de suponer que sabían de lo que hablaban, y no a los filósofos o literatos profesionales, he acudido para mis selecciones.

En la India se reconocen dos clases de sagrada escritura: los Shruti, o escritos inspirados, autorizados de por sí, pues son resultado de una penetración inmediata en la Realidad última; y los Smriti, que se fundan en los Shruti y sacan de ellos su autoridad. «El Shruti —dice Shankara— se basa en la percepción directa. El Smriti hace un papel análogo a la inducción, pues, como la inducción, saca su autoridad de una autoridad distinta de sí mismo.» Este libro, pues, es una antología, con comentarios explicativos, de pasajes sacados de los Shruti y los Smriti de muchas épocas y lugares. Infortunadamente, la familiaridad con los escritos tradicionalmente consagrados tiende a criar, no precisamente desdén, sino algo que, para los efectos prácticos, es casi tan malo; a saber, una especie de reverente insensibilidad, un estupor del espíritu, una interna sordera al significado de las palabras sagradas. Por esta razón, al elegir el material para ilustrar las doctrinas de la Filosofía Perenne, según se formularon en Occidente, he acudido casi siempre a otras fuentes que la Biblia. Este Smriti cristiano al cual he recurrido se basa en el Shruti de los libros canónicos, pero tiene la gran ventaja de ser menos conocido y, por tanto, más vívido y, por así decirlo, más audible que ellos. Además, gran parte de este Smriti es obra de hombres y mujeres genuinamente santos, que se pusieron en condiciones para saber de primera mano de lo que hablan. En consecuencia puede considerársele como una forma de inspirado Shruti, válido de por sí, y ello en grado mucho más alto que muchos de los escritos actualmente comprendidos en el canon bíblico.

En los últimos años se han hecho varias tentativas para elaborar un sistema de teología empírica. Pero, pese a la sutileza y fuerza intelectual de escritores como Sorley,

Oman y Tennant, el esfuerzo sólo ha logrado un éxito parcial. Aun en manos de sus más aptos expositores la teología empírica no es especialmente convincente. La razón, a mi parecer, debe buscarse en el hecho de que los teólogos empíricos han limitado su atención más o menos exclusivamente a la experiencia de aquellos que los teólogos de una escuela más vieja llamaban «los no regenerados», esto es, la experiencia de personas que no avanzaron mucho en el cumplimiento de las condiciones necesarias para el conocimiento espiritual. Pero es un hecho, confirmado y reconfirmado durante dos o tres mil años de historia religiosa, que la Realidad última no es clara e inmediatamente aprehendida sino por aquellos que se hicieron amantes, puros de corazón y pobres de espíritu. Siendo ello así, apenas puede sorprendernos que una teología basada en la teología de personas correctas, ordinarias, no regeneradas sea tan poco convincente. Esta especie de teología empírica está precisamente en el mismo pie que una astronomía empírica basada en la experiencia de observadores a simple vista. Con los ojos solos, puede descubrirse una pequeña, débil mancha en la constelación de Orión, y no cabe duda de que podría basarse una imponente teoría cosmológica en la observación de esta mancha. Pero tales teorizaciones, por ingeniosas que fuesen, nunca podrían decirnos tanto sobre las nebulosas galácticas y extragalácticas como el trato directo mediante un buen telescopio, la cámara fotográfica y el espectroscopio. Análogamente, ninguna teorización acerca de los indicios que puedan oscuramente atisbarse dentro de la experiencia ordinaria, no regenerada, del múltiple mundo puede decirnos tanto acerca de la divina Realidad como puede aprehender directamente un espíritu en estado de desprendimiento, caridad y humildad. La ciencia natural es empírica; pero no se limita a la experiencia de seres humanos en su condición meramente humana, no modificada. Dios sólo sabe por qué los teólogos empíricos han de creerse obligados a someterse a tal desventaja. Y, por supuesto, mientras confinen la experiencia empírica en estos límites tan excesivamente humanos, están condenados a la perpetua frustración de sus

mejores esfuerzos. Del material que ha querido considerar, ninguna mente, aun brillantemente dotada, puede inferir más que un juego de posibilidades o, en el mejor caso, de especiosas probabilidades. La certidumbre, válida de por sí, de la visión directa no puede, por la naturaleza misma de las cosas, ser conseguida sino por aquellos que están equipados con «el astrolabio de los misterios de Dios». Si uno mismo no es sabio ni santo, lo mejor que puede hacer, en el campo de la metafísica, es estudiar las obras de los que lo fueron y que, por haber modificado su modo de ser meramente humano, fueron capaces de una clase y una cuantía de conocimiento más que meramente humanas.

ESO ERES TÚ

Al estudiar la Filosofía Perenne podemos empezar por abajo, con la práctica y la moral; por arriba, con la consideración de las verdades metafísicas; o, finalmente, por el medio, en el punto focal en que mente y materia, acción y pensamiento se dan cita en la psicología humana.

La entrada inferior es la preferida por los maestros estrictamente prácticos: hombres que, como Gautama Buda, no son dados a especulaciones y cuyo principal cuidado es apagar en el corazón de los hombres los horribles fuegos de codicias, rencores y apasionamientos. Por la puerta superior van aquellos cuya vocación es pensar y especular: los filósofos y teólogos natos. El acceso del medio da entrada a los expositores de lo que se ha llamado «religión espiritual»: a los devotos contemplativos de la India, los sufíes del Islam, los místicos católicos del fin de la Edad Media y, en la tradición protestante, a hombres como Denk, Franck y Castelio, como Everard y John Smith, los primeros cuáqueros y William Law.

Por esta puerta central, y precisamente por serlo, haremos nuestra entrada en la materia de este libro. La psicología de la Filosofía Perenne tiene su fuente en la metafísica y desemboca lógicamente en un modo de vista y un sistema ético característicos. Partiendo de este punto medio de la doctrina, le es fácil a la mente moverse en cualquiera de ambas direcciones.

En la presente sección limitaremos nuestra atención a un solo rasgo de la psicología tradicional, el más importante, aquel en que más enfáticamente insisten todos los expositores de la Filosofía Perenne y, podríamos añadir, el menos psicológico. Pues la doctrina que se ilustrará en esta

sección pertenece a la autología más bien que a la psicología; a la ciencia, no del yo personal, sino de aquel eterno Yo que está en el fondo de los yos particulares, individualizados, y que se identifica con la divina Base o es por lo menos afín de ella. Fundada en la experiencia directa de los que cumplieron las necesarias condiciones de tal conocimiento, esta enseñanza se expresa del modo más sucinto en la fórmula sánscrita *tat tvam asi* («Eso eres tú»); el Atman, o imanente YO eterno, es uno con Brahm, Principio Absoluto de toda existencia; y la finalidad última de todo ser humano es descubrir el hecho por sí mismo hallar Quién es él realmente.

Cuanto más Dios está en todas las cosas, tanto más está fuera de ellas. Cuanto más está dentro, tanto más fuera.
Eckhart

Sólo lo trascendente, lo completamente otro, puede ser inmanente sin ser modificado por el devenir de aquello en que reside. La Filosofía Perenne enseña que es deseable y aun necesario conocer la Base espiritual de todas las cosas, no sólo en el interior del alma, sino también fuera, en el mundo, y, más allá del mundo y el alma, en su alteridad trascendentes, «en el cielo».

Aunque *Dios* está presente en todas partes, sin embargo sólo es presente a ti en la parte más honda y más central de tu alma. Los sentidos naturales no pueden poseer a Dios ni unirse a Él; aun más, tus internas facultades de entendimiento, voluntad y memoria sólo pueden lanzarse hacia Dios, pero no ser el lugar de su habitación en ti. Mas existe una raíz u hondura de ti de donde surgen todas estas facultades, como líneas de un centro, o como ramas del tronco de un árbol. Esta hondura es llamada centro, base o fondo del alma. Esta hondura es la unidad, la eternidad –casi dije la infinidad– de tu alma; pues es tan infinita que nada puede satisfacerla o darle descanso sino la infinidad de Dios.

William Law